

PARA SER LIBRES. LIBERTAD Y VIDA RELIGIOSA

El presente artículo se inicia con una reflexión alrededor del término libertad, de su significado y su sentido en nuestro mundo y en nuestras vidas. Posteriormente vincula dicho término con la Vida Religiosa analizando su papel desde la misma, en aras de la búsqueda de la libertad evangélica.

Testimonio 289 2018, 23-30

La Vida Religiosa (en adelante VR), junto con la vida monástica, ha vivido históricamente en la aparente contradicción de ser y aparecer, al mismo tiempo, como un estilo de vida libre y no libre. No podemos negar esta contradicción entre el ideal y la realidad, y deseo reflexionar sobre ambos, subrayando las posibilidades de vida libre y generadora de libertad evangélica que es propia de la VR.

Libertad, libertades y sus opuestos

El diccionario de la RAE cuenta con doce acepciones para definir la palabra “libertad”, de las cuales solo dos son negativas. Esta riqueza de sentido es indicadora de su polisemia y de ese rasgo elusivo que impide definirla, aunque se la pueda delimitar y describir. Me quedo solo con los dos primeros significados. La primera acepción dice que libertad es la “facultad natural que tiene el hombre de

obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos”. La segunda, señala que es el “estado o condición de quien no es esclavo”. Libertad se opone a esclavitud, que puede resumirse como “un estado de sujeción”. Las dos orientaciones fundamentales del término libertad son *libertad de* y *libertad para*.

Todas las definiciones y delimitaciones lingüísticas son contextuales e históricas, de forma que los contextos, sincrónicos y diacrónicos, concretan el significado y el alcance de las palabras, de sus sentidos y de sus diferentes usos.

¿La ilusión de la libertad?

La libertad, que constituye uno de los sueños y proyectos fundamentales del ser humano, se ha convertido desde hace largo tiempo en una palabra “talismán”, cuyo uso en los discursos y en las prácticas se devalúa y revalúa con-

tinuamente. Es una palabra de contenido condensado que, por un lado, no puede dejar de utilizarse y, por otro, necesita explicarse y delimitarse cuando se utiliza, pues de su uso se derivan consecuencias prácticas. Es indudable que tales características dificultan reflexionar sobre la libertad, aunque, pese a ello, la reflexión es necesaria.

En nuestro mundo globalizado, bajo la capa de la libertad se esconden los manejos de los que aparecen como dueños del mundo, esos poderes que en nombre de la libertad deciden sobre la vida y la muerte, deciden sobre los bienes de este mundo, deciden sobre el sexo y la convivencia.

El empleo del término también hay que ligarlo a las ideas que asume la mayor parte de la ciudadanía, una libertad asociada, casi siempre, a los derechos y, escasas veces, a las obligaciones; una libertad confundida con múltiples y contradictoras libertades; dispuesta a ser sacrificada en aras de la seguridad, paralizada a menudo por los miedos y poco respetuosa de y con la libertad de los/as otros/as. Una libertad desgajada de su condición responsable, la condición que le da sentido humano y humanizador.

Junto a estos vínculos negativos y ambiguos, destacan los creativos: el crecimiento humano producto de una mayor conciencia de la libertad, y la conquista de libertades concretas. Nos enorgullecemos de las personas que hacen

buen uso de la libertad responsable, de la libertad de conciencia, de los libres resultados del discernimiento y de los procesos de crecimiento evolutivo, de la libertad heroica y humilde que ha conducido a muchas personas a dar la vida. Y, junto a ellas, con ellas a menudo, contamos con una parte de la humanidad que, en la cotidianidad, es interna y externamente libre, gente anónima y desconocida que resulta imprescindible para el equilibrio de lo humano: sujetos singulares, grupos, comunidades, pueblos...

La VR participa de estos logros, de las contradicciones y ambigüedades de la libertad, de los anhelos humanos y de mucha de su resignada pasividad. En la VR late el pulso de la libertad evangélica. Más aún: por tratarse de un modo de vida profético, implica el ejercicio activo, y a veces heroico, de la libertad. En la realidad cotidiana cada religiosa y religioso, cada institución religiosa vive las contradicciones de dicho drama, que a menudo desvelan cuándo se intenta seguir la orientación evangélica sin renunciar al clericalismo ni a las seguridades. Estas contradicciones suelen concluir con el sacrificio de la libertad en aras de las propias conveniencias.

Contemporáneamente, la VR muestra su condición libre en sujetos concretos, comunidades e, incluso, congregaciones. Esta manifestación abierta de la libertad evangélica ha acarreado duros conflictos con diferentes poderes

eclesiásticos y civiles. En definitiva, la libertad inscrita en la VR es una realidad cotidiana, evangélica y humana, agrídulce, dramática y hecha de claroscuros, como sucede, en general, a todos los humanos, pero con la peculiaridad de que intenta mostrar públicamente la libertad evangélica para animar esa misma libertad en sus diversos entornos.

Libertad condicionada y condiciones de libertad

En Occidente y en contextos occidentalizados predomina la peligrosa creencia de que somos una sociedad de sujetos libres, como si la libertad fuera solo la conquista y la condición de la que hablan las Constituciones de cada país y la Carta de los Derechos Humanos. Es una creencia peligrosa, porque esconde interesadamente el trasfondo de esclavitud que el perverso sistema *kyriarcal* del capitalismo neoliberal reviste de libertad y vende como libertades. Tales creencias nos hacen conscientes de los condicionamientos de toda libertad, pues no existe la libertad en abstracto.

El primer e inevitable condicionamiento de la libertad proviene de la cultura en la que nacemos y crecemos. La cultura impregna los contextos primarios del desarrollo humano, tales como el propio cuerpo, las capacidades y discapacidades, la familia, la escuela, los grupos de pares, etc. En nues-

tro ámbito, sabemos hace tiempo que un requisito fundamental de la vocación es la libertad. Por tanto, si existe este inevitable condicionamiento ¿podemos referirnos los/as religiosos/as al valor y al ejercicio evangélico de nuestra libertad personal y colectiva? ¿A qué aludimos cuando hablamos del desarrollo progresivo y transversal de la libertad?

El primer paso para crecer y desarrollarnos como sujetos y comunidades libres es, justamente, la *toma de conciencia de los condicionamientos* de la libertad en el propio contexto. Consciencia de lo que hemos recibido y elegimos aceptar, de cuánto de esa herencia decidimos rechazar, o lo que decidimos subvertir. Se trata de la toma de conciencia de las razones, profundas y superficiales, de nuestras elecciones, de la toma de conciencia de los criterios que aceptamos para elegir y seguir eligiendo. Cuanto más crece la consciencia activa, más humana hacemos la humanidad. Cuanto más humanizamos, más libres, liberadoras y liberadores somos.

El segundo factor imprescindible para el desarrollo de la libertad es la *conciencia crítica*, la cual, como no está bien vista, nos cuesta aceptar. Tomo la crítica según su etimología, es decir, como la capacidad de discernimiento. El espíritu crítico, ciertamente incómodo, es el espíritu de discernimiento. Deberíamos recordar que “crítica” y “crisis” provienen de la misma raíz y están relacionadas.

El espíritu crítico evangélico no puede evitar la crisis, pero ella dota a las decisiones personales y colectivas, dentro y fuera de la VR, de mucha densidad, nos hace más humanos y humanas, y por ello, humaniza.

La tercera característica de una libertad en proceso de crecimiento y desarrollo es la *parresía*, esa forma de audacia evangélica que consiste en hablar con libertad y franqueza, hablar con verdad para el bien común, incluso cuando pueda suponer riesgos e incluso peligro.

La libertad compañera y acompañada

Los condicionamientos de la libertad nos sitúan en la realidad, de forma que partiendo de esta libertad humana condicionada y, por tanto, consciente y humilde ante los límites, podemos referirnos a las compañías de la libertad en el ámbito de la VR. Constituyen un terreno resbaladizo de forma que debemos contar con sus ambigüedades y paradojas.

Comencemos con la compañía del *poder* y de la *riqueza*. El inconsciente colectivo cree que las personas y los grupos económicamente potentes son más libres que aquellas que no tienen dinero, oponiendo polarmente tener/no tener con ser/no ser libres. Es un hecho que las personas sin medios o con medios muy limitados no pueden

elegir cosas tan básicas como la salud, el alimento, la educación, la vivienda y las conexiones (Internet, telemática...). La limitación de los medios necesarios decide sobre el simple hecho de la vida y, en todo caso, de las condiciones humanas del vivir. En el ámbito de las necesidades humanas parecería que no pueden plantearse opciones propias del ejercicio de la libertad, pues los condicionamientos (pobreza) convierten a personas y pueblos en seres y grupos esclavizados. Pero, si afinamos un poco, podemos preguntarnos si no existen en ellos resquicios suficientes en que la libertad humana puede pasar al acto, pues lo cierto es que nunca puede negarse la condición libre de ningún ser humano, pese a sus esclavitudes impuestas, e incluso autoimpuestas. Siempre queda algo, aunque parezca mínimo, donde brilla la humana libertad.

Podemos afirmar otro tanto de la esclavitud, de la cautividad, pues quienes nos creemos y sentimos más libres no podemos negar aspectos, resquicios, zonas de esclavitud interna, social, institucional en relación con el injusto reparto de los bienes, ni podemos ocultar nuestra complicidad con las cautividades propias y ajenas, cuyo factor principal es la carencia de medios básicos para la vida.

Tomemos ahora a las personas e instituciones ricas, y por ello con poder e influencia, que desde fuera parecen gozar de libertad (desde dentro habría que matizar). Es indudable que los recursos les otor-

gan libertades en cuestiones básicas de la vida, pero las libertades no equivalen siempre a la libertad.

La libertad en relación con tener o no tener bienes es relativa y tenemos constancia histórica de ello. La libertad asociada a la pobreza que quiere ser evangélica ha de tener en cuenta el propio contexto, el cual, particularmente para las mujeres, pide reinterpretar la libertad acompañada de la pobreza y la pobreza en relación con la libertad.

La libertad en todos los contextos humanos, y en la VR, suele andar en compañía de la ley. El ser humano no puede ser libre ni desarrollar su libertad más que en estrecha relación con la ley, la norma y el orden. La ley se convierte en estructura externa e interna. En ciertos ambientes, la libertad se asocia al caos, a momentos en los que las exaltaciones y el descontrol, individuales y colectivos, dan la sensación de vivir unas condiciones únicas de libertad. No hay que olvidar que el caos tiene su propio orden y que el momento siguiente a la exaltación libre ha de estar regido por elecciones y escisiones en las que, después de la “liberación de”, se prueba la libertad “para”.

Lo habitual es la convivencia entre libertad y ley, libertad y orden, una convivencia tensa en la que cada categoría ha de estar en confrontación continua con la otra, para que la realidad no se precipite ni por el abismo de la rigidez y

la repetición compulsiva, ni por el abismo del caos. En esta compañía de libertad, ley y orden, es usual colocar la obediencia, la cual, según creo estaría mejor en relación con el discernimiento, la crisis y el espíritu crítico. Se nos suele olvidar la importancia bíblica de la desobediencia para la historia de la salvación. Considero que la obediencia debe ser tratada con toda seriedad, según la presenta el evangelio, como *hypakoé* (poner el oído, escuchar) referida a la relación entre los humanos y Dios, y por lo tanto buscando los criterios que harían posible discernir lo que se escucha.

La libertad, además, suele ir acompañada de los *afectos, emociones y sexualidad* de los seres humanos. Los afectos y las emociones impregnan cualquier realidad humana. Es engañoso creer que la mente racional prescinde de los afectos y las emociones. Afectos, emociones y sexualidad son transversales. Los afectos y las emociones impregnan la “libertad de” y la “libertad para”, unas veces para bien y otras para mal y, a menudo, para bien y mal mezclados. Se trata de esa libertad que localizamos con mayor claridad en el cuerpo y en la sexualidad, entendida esta como condición de humanidad, no solo como instinto. De sobras es sabido hasta qué punto la sexualidad activa y no activa es una fuente tanto de libertad como de esclavitud.

La VR ofrece un marco y grandes posibilidades para la realiza-

ción de un proceso de liberación afectiva. La libertad afectiva nunca está conseguida, pero podemos hablar de ella cuando somos conscientes de hallarnos en un proceso de desarrollo continuado. Del mismo modo que el marco de la VR es liberador para los afectos, las emociones y la sexualidad, hay que afirmar que también ha sido y es un marco para represiones, cautividades y perversiones de los mismos. Por lo tanto, por sí mismo, el marco de la VR no garantiza la libertad afectivo sexual de cada sujeto; tampoco es por sí un marco opresivo donde se encierran los impulsos, las necesidades y los instintos que, en este ámbito, nos caracterizan a los humanos. Los criterios evangélicos de la VR son liberadores, pero no se desarrollan de forma automática, ni prescinden de la humana complejidad, ni están al resguardo de la perversión de lo sagrado.

Los retos de la libertad

La libertad y la liberación tienen hoy, también, otros nombres y necesitan ser miradas en perspectivas nuevas, renovadoras y creativas, pero afectan a los humanos como nunca. Como nunca, por la polisemia del concepto y la manipulación de la que es objeto por los poderes de todo tipo, con la confusión que genera y, tal vez por ello, la tarea de la libertad y de la liberación resultan más complejas y reclaman mayor lucidez.

En esta línea, deseo esbozar cinco retos.

1. Promoción humanista

El carisma de libertad y de amor (misericordia, compasión) es promotor de humanidad y de conciencia humanista, es decir, promotor potencial de humanismo. Este rasgo es valioso para la VR y para la sociedad. La divina *Ruah*, como bien sabemos, concede sus carismas para el bien común.

2. Ampliación de la consciencia

El aumento progresivo y complejo de la consciencia, tanto individual como colectiva, es un rasgo que describe hoy a lo humano. Dicho aumento requiere libertad suficiente a la vez que redundan en un mayor y más hondo nivel de libertad.

3. Disminución/dominio de los miedos

Actualmente, tenemos suficiente conocimiento de la nefasta influencia del miedo y de los miedos para el desarrollo de la libertad. La fe cristiana supone y genera un suficiente y adulto nivel de libertad, pero la fe y el miedo son incompatibles. En la medida en que transmitimos la fe, es decir, somos testigos, sugerimos y ofrecemos esa fe como Jesús en los evangelios, posibilitamos un mayor nivel de libertad. En nuestro

mundo, en el que el miedo es utilizado transversalmente como elemento de control, tenemos el desafío de afrontarlo y, si es preciso, enfrentarlo.

4. *Flexibilidad vital*

La aceleración actual con los continuos cambios obliga a realizar un esfuerzo adaptativo en el que a veces se juega hasta la supervivencia. La vida reclama cambio para ser y desarrollarse, pero no todo ni cualquier cambio. Los cambios han de ser discernidos y, por ello, han de acompañarse de la libertad. El discernimiento supone una predisposición a la libertad y la flexibilidad. La orientación al cambio hace la vida necesariamente flexible y esta flexibilidad desafía continuamente la rigidez de lo

dado y lo supuesto, la rigidez de los esencialismos y los fundamentalismos.

5. *Horizonte de evolución creativa*

De la mano de la flexibilidad avanzamos hacia la evolución que, junto con la creatividad, precisa de la libertad, de modo que no puede ser ni desarrollarse sin ella. Mostrar el carisma en este horizonte de evolución creativa es implicarse en la transformación profunda de nuestro mundo, en la conversión de sus esclavitudes, en los cambios estructurales para la justicia y la igualdad en la diversidad. Es implicarse a fondo en la interpretación y la recreación del evangelio liberador de Jesús, humanidad libre, y del acontecimiento liberador de la Pascua.

Condensó: Manu Andueza

Si, a partir del s. XVIII no ha habido verdaderamente teólogos en España, ha sido por el miedo de pasar por sospechoso, de acabar en la hoguera o en la cárcel, o arrastrar el sambenito. Así se fue repitiendo incansablemente lo que “no tiene discusión” por insostenible que fuese. Llegó a hablarse de “teología segura”. Segura ¿de qué? Por descontado, no segura de haber llegado a conclusiones definitivas. Segura de no ser mal vista, de no comprometerse a nada. La teología dejó de tener peso en la vida y en la cultura del país (Evangelista Vilanova, *Historia de la teología cristiana*, II, 375).